

peñados en deslumbrar al mundo con su aparente saber y su fingida virtud. Finalmente, cuando en el párrafo 12 asienta "que no es difícil advertir que el origen de las aberraciones está mas bien en el corazón que en la cabeza," nos manifiesta cuán perfectamente conocía que para seducir al entendimiento, es preciso antes estraviar al corazón.

Balmes en esta época, si no rico, era un hombre acomodado. Lejos de experimentar privaciones y escaseces, podía, merced á sus afanes y al éxito seguro de sus producciones científicas, vivir con desahogo, socorrer á su familia, dar limosnas, auxiliar á sus amigos, si de ello tenían necesidad. Nuestro sábio era caritativo y generoso en determinadas ocasiones. D. Antonio Ristol dice en sus apuntes: "Cuando en Julio de 1843 fui conducido preso y entre bayonetas á la ciudadela por disposicion de la junta central que se habia creado en esta ciudad (Barcelona), sin mas delito que haber sido otro de los individuos que hicieron presentes los males que sobrevendrian, y haber procurado la consolidacion del gobierno en la persona de S. M. y en las córtes, me escribió el Dr. Balmes la siguiente carta:

"Barcelona, 25 de Julio de 1843.—Mi querido Antonio: Deploro amargamente tu desgracia. Tu entusiasmo por la causa del trono, del órden y de las instituciones, sin arredrarte los mas inminentes peligros, siempre me habia hecho temer, como te lo repetí muchas veces, que algun dia por tu arrojo iba á sucederte algun lance desagradable. Pero nunca podia presumir verte preso en esa horrible torre. No debes por esto desmayar. Dios no te dejará de su mano. Cuando las acciones del hombre tienen un fin laudable, jamas quedan sin recompensa. En el santo sacrificio que todos los dias ofrezco al Todopoderoso, no me olvido de tí. Ristol, eres virtuoso, y posees un gran fondo de religion: esto debe consolarte y te consolará. Sabes cuánto te estimo, cuán ardientes son las simpatias que á los dos nos unen. ¿Qué quieres de mí? Consejos no los necesitas, y tampoco podrán servirte de mucho en el trance en que te encuentras. ¿Te falta dinero? Todo el que tengo es tuyo. Mas gusto tendré en enviártelo, que tú en recibirlo. En otra época no habria podido hacerte este ofrecimiento. ¿Qué quieres, pues, de tu amigo? Dilo sin reserva. El dador es sugeto de toda confianza. No tomes á mal que no vaya á verte: ya conoces que esto ni seria prudente, ni tú lo querrias tampoco. Adios: ánimo, querido Antonio, y recibe el abrazo que te envia tu amigo—Jaime."

Los estudios políticos y metafísicos absorbían en el periodo que recorremos la atencion de Balmes. Como periodista debia conocer

todas las vicisitudes, no solo españolas, sino europeas; como escritor de obras filosóficas, érale necesario preparar la publicacion de las que meditaba. Y aquí repetimos con el Señor Soler (D. Antonio), "que pasma el ver á un jóven ocupado simultáneamente en tan diversas y sublimes cosas, y tanto saber y en tal edad es un misterio, sin poder uno atinar de dónde sacaba el tiempo." Para dar expansion á su privilegiadísima inteligencia, no bastaban las tareas que embeben todo el entendimiento y hasta la voluntad de los ingenios mas aventajados. Balmes escribia dos ó tres obras al mismo tiempo, y ademas tomaba apuntes para otras que tenia en su cabeza. He aquí la razon de no poderse observar desde el año 1844 hasta el de 1848 un riguroso órden cronológico. Esperamos, sin embargo, que la claridad y la exactitud no saldrán perjudicadas por causa de las leves aunque indispensables alteraciones que se harán, guardando siempre las formas narratorias y los preceptos biográficos.

Ademas del *Criterio* y de una *Memoria sobre la conducta que los eclesiásticos deben guardar con los incrédulos*, publicó nuestro autor las *Cartas á un escéptico en materias de religion*. "Las 14 primeras (dice la advertencia) salieron á luz en la *Sociedad*, y las 11 restantes versan sobre puntos de mucha importancia. Esta coleccion puede considerarse como una apología de la religion católica, escrita con la variedad amena á que de suyo conviende el estilo epistolar. La circunstancia de dirigirse todas las cartas á un escéptico, hace que se puedan presentar las pruebas, las dificultades y las soluciones bajo el aspecto mas acomodado al espíritu y necesidades de la época." Siendo tan conocida esta obra, y deseando seguir la misma senda que al principiar nuestro libro emprendimos, bastará indicar las principales materias que el docto presbitero abordó y dilucidó en sus preciosas *Cartas al escéptico*. Trata la primera del carácter y autoridad de la Iglesia católica, de la fé y de la libertad de pensar, del escepticismo y de la muerte, demostrando que la fé contribuye á la tranquilidad del espíritu. Habla la segunda de la multitud de religiones, explica el principio "lo que prueba demasiado no prueba nada," establece ciertas reglas de prudencia que no deben perderse de vista, y declara la nulidad de la filosofia para explicar los misterios del hombre. La existencia de Dios, la eternidad de las penas, el sentimentalismo, el purgatorio, los frailes y los poetas, son objeto de la 3.^a carta: la filosofia del porvenir, el cristianismo y las masas, la transicion y la perfectibilidad, se controvierten en la 4.^a Las cartas 5.^a, 6.^a, 7.^a y 8.^a se refieren á la sangre de los mártires, á las transiciones sociales,

á la tolerancia de los nuevos espiritualistas franceses y alemanes, y á la dificultad de que se estienda en España la filosofía alemana. Las cuatro siguientes amplifican de una manera admirable los principios y las refutaciones que anteriormente se consignan. Raciocina en la 13 sobre la humildad, en la 14 sobre la flaqueza de la moral de los hombres irreligiosos, en la 15 sobre las penas de daño y de sentido, y en las restantes hasta la 22 se deslindan y caracterizan profundas cuestiones filosóficas é importantes dogmas de nuestra fé, para inculcar al escéptico la existencia de la vision beatífica y del purgatorio; razonando también sobre la felicidad, el culto de los santos, el valor de la oracion y el respeto á los sepuleros. En las cartas 23, 24 y 25 satisface Balmes las dudas del escéptico acerca de los institutos religiosos, su historia, su porvenir; se remonta al origen del mundo y del hombre, demuestra que los grandes talentos han sido religiosos, y que es bien pequeña esa filosofía que habla de lo ordinario y de lo comun, y tiene un ridículo horror á todo lo que sea extraordinario ó misterioso. "El que no crea (dice al final de la última carta), el que no esté satisfecho de los motivos de credibilidad que ofrece nuestra religion augusta, opónganos si quiere dificultades contra la verdad de nuestras doctrinas; pero guárdese de echarnos en cara la creencia en misterios incomprensibles, y de acusarnos por esto de poca filosofía, porque entonces mejora indudablemente nuestra causa: el incrédulo se confunde con el vulgo; y están de parte del católico los filósofos mas eminentes."

Balmes, segun dijimos, llegó á Madrid en 1844, tres años despues que nosotros. En Barcelona no tuvimos el gusto de conocerle; pero D. Joaquin Roca y Cornet, "uno de los mas aventajados escritores de nuestra patria (*Pensamiento de la Nacion*, tomo 1, ^o página 375), y que tanto se ha distinguido por su celo y valentia en defensa de la religion, que no sabe escribir sin hacer vibrar las mas delicadas cuerdas del corazon, deseaba que entabláramos relaciones con un compatriota tan eminente, y nos escribió acompañando dos cartas para Balmes. La primera de simple presentacion; la segunda se referia á varios asuntos literarios y particulares, en los cuales, segun el giro que tomasen, deberiamos intervenir. Vivía entonces nuestro sábio (16) en la plaza de las Cortes, número 4, cuarto 2, ^o y publicaba el *Pensamiento*. Este periódico semanal, religioso, político y literario, merece, por su esencia y hasta por su forma, que sea considerado como un gran libro; como un depósito inmenso de doctrina, de erudicion y de elegancia; como un excelente tratado de derecho público; como un

compendio luminoso de la historia de España desde 1844 hasta 1846. Bastó el prospecto para llamar la atencion de los hombres pensadores: *Las equivocaciones que sobre nuestra situacion padecen nacionales y extranjeros*, título del primer número, la fijó ya. Balmes se propuso demostrar la conveniencia y la necesidad de que nuestra escelsa reina contrajese matrimonio con el conde de Montemolin, sirviéndole de tema las palabras del ministro de hacienda en la sesion del congreso del día 11 de Enero de 1845: "Ministros de una reina de catorce años, de una reina jóven, por quien tienen que pasar todas las cosas sin poder manifestar decididamente su voluntad, pues por fuerte que sea es de catorce años," y las del marqués de Miraflores en la sesion del senado del día 10 del mismo mes: "Yo creo que no es prudente perder de vista las lecciones de la historia. Las cuestiones de sucesion suelen terminarse por una batalla; pero las de pretension, señores, no han solido terminarse nunca, hasta que los derechos se han fundido," dilucidó el gran publicista esa tesis árdua, y la planteó en el terreno de la filosofía, de la política, de la conveniencia, y hasta de las suposiciones, de las eventualidades y de las teorías.

Este periódico es para algunos criticos un libro ingenioso, una utopia brillante, un esfuerzo del poderoso talento de su redactor: para otros es el consejero de los hombres de gobierno, el restaurador de los buenos principios, la panacea de las enfermedades que afligen al cuerpo social. El *Pensamiento* militaba en las filas de la oposicion; pero sus doctrinas no eran apasionadas, ni fulminantes y esagerados sus artículos, como suelen serlo los de todos los periódicos enemigos del gobierno establecido. Es digno de observarse que en la polémica diaria, rara vez se envolvía al *Pensamiento de la Nacion*. Habia gentes tan cándidas, que creian ó fingian creer que las doctrinas de Balmes no se impugnaban porque tampoco eran merecedoras de esta honra: los hombres de Estado y una gran parte de españoles, opinaban que no se refutaba con mas frecuencia á Balmes, porque ni literaria, ni política, ni filosóficamente hablando, podia serlo con éxito. Recordaban el silencio de Mr. Guizot: el *Protestantismo* no ha tenido la contestacion que esperaba su autor "para replicar con los cuatro tomos mas que guardaba en su cabeza." Hubo sin embargo un periódico, el *Heraldo*, que dijo: "Desde que ha visto la luz pública el *Pensamiento*, ha sido tu objeto, ¡oh escritor! desautorizar todos los gobiernos: tú desacreditas las instituciones liberales, y no espones otras doctrinas que las sustituyan. ¡Profesas acaso aquel maquiavélico principio: "Divide y reinarás?" Esto es indigno de tu co-

razon. ¿Conoces que somos unos ignorantes y no nos quieres ilustrar? Esto no es digno de tu talento. En tí siempre se ve al mismo doctor que tiene el maligno placer de repetir al enfermo que se muere, y que manifiesta el intento, mas maligno todavía, de ocultar un específico que podría hacerle recuperar la existencia. Sed, por Dios, mas generoso: ó danos el específico, ó no nos repitais que nos vamos á morir. Dices en tu artículo: que el partido que se llama conservador, no encierra los elementos necesarios para dar á la nacion ni gobierno ni tranquilidad; que lo que nos toca esperar, es la continuacion indefinida de este malestar intolérable; que es imposible fundar un gobierno mientras haya de estribar en la estrecha base que se proponen darle las dos fracciones del partido liberal; que es necesario tomar otro rumbo y salir del pequeño círculo en que nos agitamos. Dinos, escritor descontentadizo, censor implacable: si mañana eres llamado á los consejos de la corona, si eres ministro, ¿cómo gobernarás? ¿Cuál es tu programa? Espícalo."

"Aquí está, contestó Balmes. Mi proyecto de constitucion española se reduce á dos artículos:

"1.º El rey es soberano.

"2.º La nacion en córtes otorga los tributos ó interviene en los negocios árdusos.

"Leed mis artículos sobre reforma constitucional que se hallan en el tomo I.º del *Pensamiento*: allí vereis esplicados mis principios de gobierno y la manera de realizarlos. Yo quiero la responsabilidad ministerial, y la deseo con alguna mas eficacia de la que tiene desde 1834. Admito la aprobacion de los presupuestos, y tan de veras, que no puedo menos de hacer un cargo gravísimo á los moderados y á los progresistas, por haber dejado este punto en olvido, al mismo tiempo que tanto cuidaban de consignarlo en un papel. Hasta ahora no hemos tenido presupuestos, sino *pospuestos*. Tambien admito y deseo el exámen de la cuenta anual de los gastos públicos; pero ¿qué cuentas anuales hemos visto? ¡Pobre nacion! Respeto los hábitos provinciales y la centralizacion administrativa: cuando una institucion ó una costumbre se hallan muy arraigadas en una provincia, no deben ser tocadas sino con mucho miramiento: trasladar á España la centralizacion francesa, es un error inescusable en hombres que debieran conocer lo que es la España, ya que se proponen gobernarla. No quiero la preponderancia del poder militar, sea quien fuese el que la ejerce; no quiero mas preponderancia que la del trono obrando en el círculo de las leyes: quiero ejércitos españoles mandados por el rey, y no

poder militar. Tampoco profeso la doctrina de los hombres *necesarios*, pero sí la de que es preciso fortalecer el trono con una política *conciliadora*. Es absolutamente indispensable una ley de imprenta, y creo que es imposible el jurado; que no bastan los tribunales especiales ni las multas; que debe introducirse otro elemento en la legislación de imprenta: la responsabilidad del dueño del establecimiento, prévias grandes garantías, y la personal de los escritores, asegurada con fuertes precauciones. El ministerio de la gobernacion, con todas sus dependencias, introducido en España desde la muerte del último monarca, es ciertamente una institucion buena; pero ¿hay gobernacion posible cuando se nombran ministros del ramo á personas que no son especiales en él? ¿cuando se nombran gefes políticos hombres que jamas han pensado en administracion? ¿cuando hemos visto repetidas veces que un gefe político era un militar, y que mas bien que gefe civil, era un comandante auxiliar del capitán general? Quiero dos cámaras, la alta y la popular; y hasta he presentado las bases de un proyecto de ley electoral. Mi lógica es sencilla pero fuerte, porque me atengo siempre á los hechos. Mi conviccion es que en la época actual no hay fuerza para los gobiernos cuando no va acompañada de la templanza. Ved ahí mi programa."

Otras polémicas suscitaron el *Tiempo* y el *Español*, que insensiblemente tomaron el odioso carácter de personales. El *Español*, despues de llamar á Balmes "sofista y hombre que aspira á la singularidad, aunque sea á costa de la desdicha del género humano, y de los que poseen grandes fuerzas intelectuales á costa de todos los sentimientos del corazón," publicó una carta insolente y anónima, que causó á Balmes profunda y desagradable sensacion. Atacada su honra, salió á sostenerla con esa célebre *vindication personal* de que tantas veces hemos hecho y haremos todavía mérito. La *Esperanza* de 7 de Setiembre de 1846, insertó tambien un excelente artículo remitido en defensa del calumniado escritor. Creyendo terminada su mision periodística despues del enlace de S. M. la reina Doña Isabel II con su augusto primo el infante D. Francisco de Asís Maria de Borbon, duque de Cádiz, se despidió del público el dia 31 de Diciembre de 1846, y vaticinó á la desdichada España "nuevas calamidades si los partidos no se someten sinceramente al órden legal, si los asuntos eclesiásticos no se arreglan, si las potencias del Norte no reconocen al gobierno de S. M., si no se desarma la indignacion de Inglaterra." Este notable artículo tenia por epígrafe: *¿Por dónde se sale?*

La cesacion del periódico de Balmes fué sentida por sus amigos

y sus adversarios. Los primeros deseaban que el *Pensamiento* continuase, aunque su objeto principal no pudiera serlo de discusión. "Que hable, que hable Balmes: si la reina se casó y este asunto no puede ya tratarse, y se encuentra fuera de la polémica sostenida por espacio de tres años con tanta maestría y tanta gloria para el ilustre publicista, asuntos hay todavía que pueden dar interés al periódico." "Es probable (dice D. Antonio Soler) (17) que le habríamos admirado y dado muchas gracias si hubiese podido plantear sus principios políticos." "Escribe, escribe, Jaime; tu amigo Ristol te lo ruega.—No puedo complacerte, querido Antonio: altas razones me obligan á guardar silencio.—Y mi amigo lloraba (añade Ristol), no porque creyese humillado su amor propio por haber perdido el pleito que defendió con tanta perseverancia, sino porque, en su opinion, sobrevendrían grandes desastres que su pluma no podría remediar.—No creía (me dijo) poder jamas tener un día tan triste y amargo como aquel en que supe el enlace de la reina. Hemos perdido para siempre la esperanza única que nos quedaba;" y hablando del rey de los franceses, añadió: "este soberano, poco previsor, se ha decretado su muerte contribuyendo tan eficazmente al enlace de nuestra reina."

Haciendo ahora corta pausa y dando alguna tregua á la monótona narracion de las lucubraciones científicas de Balmes, consignaremos varios pormenores relativos á su vida privada. Levantábase generalmente á las cinco de la mañana; hacia media hora de oracion preparatoria del santo sacrificio de la Misa, en cuya celebracion empleaba otra media hora, é igual tiempo para dar gracias; tomaba chocolate leyendo, si estaba solo, en el Kempis ó en la Biblia, é íbase en seguida á su despacho y hojeaba los periódicos, principiando despues sus tareas literarias. Por lo general escribía él mismo los borradores, aunque en algunas temporadas tuvo amanuenses. Pocos podian seguirle la palabra; y como no descansaban, decia que se acogojaba al verlos sentados tres ó cuatro horas, sin levantar los ojos ni soltar la pluma. Si eran fumadores, les permitia encender un cigarró cada hora ó cada dos. "Era tanta la sabiduría de Balmes, y tan privilegiada la emision de sus ideas (dice Ristol), que algunas veces me habia asegurado que no le daria cuidado dictar á un mismo tiempo á dos amanuenses, sobre los puntos ó cuestiones que se le señalasen."

Las visitas y la correspondencia epistolar solian interrumpirle los trabajos. Generalmente no retardaba las contestaciones; y si se le hacia algun encargo, lo evacuaba sin demora. Mientras vivió en la plaza de las Cortes, comia á las dos; cuando alquiló el

cuarto principal de la casa número 4 calle de Leganitos para habitarlo en compañía de D. Luis Perez, encargado de la administracion del *Pensamiento*, empezó á comer á las cinco de la tarde; pero como no almorzaba, solia quejarse de debilidad, y adoptó su antiguo régimen de comer á las dos y cenar á las diez, siempre frugalmente. Sentíase alguna vez molesto por vehementes dolores de estómago, y en su concepto la dieta era el remedio heróico, la verdadera panacea. Guardaba rigurosamente los ayunos y abstinencias que prescribe la Iglesia. Paseaba por la tarde en el *Retiro* ó en la *Fuente Castellana*, solo ó acompañado de algun amigo: tres ó cuatro veces tuvimos nosotros esta honra, puramente casual. Despues del paseo subia al cuarto del Sr. Ramirez. Estimaba y respetaba á este digno eclesiástico, de quien decia que era vivo retrato de Mr. Affre, arzobispo de Paris, del pastor santo que acaba de dar la vida por sus ovejas en las barricadas de aquella perturbada capital.

Balmes disfrutaba en la corte de completa salud. Poco tiempo despues de su llegada, tuvo una ligera indisposicion, y le asistió el distinguido profesor de medicina D. Tomás del Corral; dos años despues le sobrevino una erupcion herpética, que se alivió con los baños hidrosulfurosos ordenados por Corral. Este facultativo, cediendo á las instancias de D. Ponciano Ponzano, escultor pensionado en Roma por el gobierno español, rogó á nuestro sábio que se dejara retratar. "Opuso gran resistencia (nos ha dicho el Sr. Corral); pero al fin cedió, y pudo Ponzano llevarse á Roma un retrato sacado al lápiz. Su intencion era que se grabase en aquella capital, donde el nombre de Balmes alcanzaba gran celebridad. Ignoro si este retrato se ha publicado. Le aconsejé repetidas veces que moderase sus trabajos mentales. ¿Para qué quiere V. mas fama y mas gloria, Sr. Balmes?—Todos los amigos me dicen lo mismo que V., Sr. Corral; pero soy jóven, y creo que mi naturaleza puede resistir las tareas literarias algunos años mas."

Su traje ordinario consistia en levita, chaleco y pantalon de color negro, alzacuello, capa azul en invierno, y botas. Sus vestidos y su persona competian en limpieza y compostura. El trato social de Balmes guardaba conformidad con su posicion, su estado y su ciencia. En sus conversaciones, que generalmente versaban sobre política, "habia mucho que aprender, y tal vez (Soler, página 12) pecaban un poco de reservadas aun con respecto á sus mas allegados, á no ser que se tratasen materias generales, y nunca suyas propias. Esto hacia que los que conversaban con él tuviesen que andar á veces con cierto temor, siendo observador en tal gra-

do, que penetraba á los demas lo mas íntimo de su alma. Estoy seguro que á haber sido prelado ú hombre de gobierno, nada hubiera escapado á aquella mirada prudentemente escudriñadora y experimentada, si bien nunca insultante ni incauta." Como buen sacerdote y católico, ejercia la caridad cristiana, pero en secreto. Nos ha dicho D. Luis Perez, "que á los religiosos esclaustrados, á los oficiales retirados y á las viudas de militares, acostumbraba darles 6, 8 ó 10 reales; á los demas pobres la primera moneda que tocaba al meter la mano en el bolsillo. En la escalera de casa solia haber pobres que le esperaban para cuando entrase ó saliese. Esto le disgustaba, porque era enemigo de hacer alarde de acciones laudables, y de su modestia podemos dar razon los que como yo viviamos en su compañía."

Balmes no guardaba las costumbres de otros hombres que tienen reputacion de sábios ó de sobresalientes, y se dan en espectáculo á todas horas y en todas partes. A nuestro filósofo se le veia confundido entre la muchedumbre, sin ostentar ese aire de solemne gravedad, ese continente ridículo, que parece anunciar á las gentes: "por aquí pasa un sábio, abrid filas." Balmes, como dice Cienfuegos de otro varon ilustre, "no ponía fausto en el ejercicio de la beneficencia, ni buscaba adquirir con apariencias las engañosas aclamaciones del mundo;" disimulaba, mas bien que revelaba, su virtud y su ciencia. Ya que hablamos del hombre moral, completaremos la narracion describiendo al hombre físico.

Era D. Jaime Balmes de talla mas que regular, delgado y de musculatura poco desarrollada. La tez blanca y fina, la nariz bien formada, los labios algo abultados, y cuando hablaba ó reía asomaban unos dientes blanquísimos; los cabellos castaño-oscuros; la cara pálida, con alguna rubicundez en los pómulos; la frente espaciosa y lisa; los párpados muy abiertos; en sus ojos rasgados, negros y vivos, brillaban la inteligencia y el genio; su mirada penetrante, con una expresion indefinible; su aspecto agradable y magestuoso con naturalidad.

Dice el Dr. Campá, que el temperamento del ilustre sacerdote era una mezcla de nervioso y bilioso, con participacion de las mejores cualidades morales de los demas temperamentos. Así es que reunía á la estremada sensibilidad del nervioso, la percepcion pronta, la memoria feliz, la imaginacion ardiente del sanguíneo; el desarrollo adelantado de las facultades morales, la firmeza de carácter, la inclinacion al estudio continuo, el atrevimiento en concebir un proyecto y la constancia en llevarlo á cabo, propios del bilioso; el sentido esquisito, el tacto delicado, el entusiasmo por lo

sublime, la aficion á lo extraordinario que distinguen al temperamento llamado melancólico por los antiguos; "en una palabra (añade Campá), su temperamento era especial; su constitucion delicada: era una alma fuerte colocada en un cuerpo débil."

Comia poco: su estómago no podia digerir sino cortas cantidades de alimentos; pero los necesitaba sólidos, de manera que en poco volúmen contuviesen bastante materia nutritiva. Pasó largas temporadas sin probar el vino; últimamente bebía un sorbo despues de la comida y de la cena, sin cuyo auxilio le era muy difícil la digestion. Dormía poco, y generalmente tardaba largo rato en conciliar el sueño; muchas veces antes de conseguirlo sufría fuertes sacudimientos y palpitaciones nerviosas, que le precisaban á saltar de la cama, teniendo que luchar bastante tiempo para vencer tan pertinaz vigilia. Su vida intelectual absorvia la física; en este hombre todo era alma: estaba espiritualizado. Tal era Balmes. Compárense física y moralmente sus cualidades extraordinarias con las de otros varones célebres, y decida la historia si es justo ó usurpado el renombre del sábio á quien admiró la Europa en nuestros dias, y á quien admirará mas todavía la imparcial y severa posteridad.

Asombrados al contemplar el vuelo de esta águila que se perdía entre las nubes, atónitos al ver que el humilde colegial de San Carlos era ya un Atlante de la sabiduria, dirigianle sus compatriotas, maestros, condiscipulos, y hasta personas con quienes no mediaba grande intimidad, ora felicitaciones, ora consejos. "Por Dios (le decía D. Antonio Ristol), no trabajes tanto, querido Jaime; la Europa está llena de tu fama. Mira por tu salud; no me des el pesar de saber que estás enfermo. En nombre de varios catalanes (añadia D. Joaquin Isaias Martinez) admiradores de los grandes talentos de V., tengo la honra de felicitarle, y de unir una flor mas á la corona que con tanta gloria ciñe esa frente inmortal." "Os estimo tanto, Dr. Balmes (le escribía el Sr. canónigo Soler), y veo que os elevais tambien tanto sobre los demas, que no quisiera os diese algun váhido de cabeza; acordaos que *omne donum desursum est, descendens a Patre luminum*." Temeroso un dia (prosigue el Sr. Soler), aunque sin motivo, de que con tanto repetirle las mismas cosas se fastidiase de mi correspondencia, "Dr. Balmes (le escribí), os lo digo para vuestro beneficio. Mirad que de vos puede provenir mucho bien ó mucho mal. Yo os encomendaré á Dios y procuraré que otros lo hagan. Si os mortifican mis cartas, decidmelo.—No, no, D. Jaime (me respondia), yo las leo con mucho gusto; hágame V. el favor de escribirme las que pueda, y le

quedará por ello muy agradecido; sobre todo por la oferta de encomendarme á Dios, y de procurar que otros á él me encomienden mucho.”

Es fama que mientras escribía el *Pensamiento* pudo Balmes obtener prebendas muy distinguidas, y altas dignidades eclesiásticas. Se nos ha dicho que no solo fué invitado, sino rogado para que las admitiese, y siempre contestó negativamente. Omitiendo otros datos que pudiéramos citar en prueba de nuestra asercion, la vemos confirmada por los siguientes: “Me aseguró el Dr. Balmes con toda franqueza (Soler, página 20 de la *biografía* otras veces citada) permanecer muy distante de estar orgulloso ni animado de ambiciones, si se exceptúa el vivo deseo de escribir, que se habia hecho para él una necesidad tan apremiante, como suave y llena de delicias. En todas sus publicaciones se observa la carencia de títulos, pues con una completa sencillez, nada mas usó que el simple título de *D. Jaime Balmes, presbítero*; ni prueba menos su falta de ambicion el haber muerto con un simple beneficio eclesiástico que le sirvió de título de ordenacion, cuando no le hubieran faltado ciertamente, á haberlo querido, abundancia de colocaciones y pingües prebendas.”

El Sr. D. Juan de Lapaza de Martiartu, en los apuntes que se ha servido facilitarnos por conducto de nuestro distinguido amigo D. Antonio Cavanilles, dice: “Un dia en que usé con el Sr. Balmes de toda la libertad que su amistad me permitia, me pareció entender que no creia imposible llegar sin mucho tiempo ni esfuerzos á ocupar dignidades muy altas en la Iglesia; pero me aseguró con el acento de la mas completa sinceridad, que su ambicion, si la tenia, con nada quedaria mas satisfecha que con su crédito de autor, y escribiendo sobre cuestiones delicadas con aceptacion del público. Añadia que estaba resuelto á no sacrificar su independencia de hombre privado; y creo en efecto que la tenia en grande aprecio. Esta misma independencia me dijo ser entre otras una de las razones que habia tenido para no aceptar el ofrecimiento de una cátedra y nombramiento de socio que le hizo en nombre del Ateneo el Sr. Careta Luna. Decia que aunque era de su gusto acometer empresas dificultosas y lanzarse á trabajos arriesgados, los altos puestos de la Iglesia le ponian miedo por lo delicadísimo del cargo y cuidado espiritual anexo á los mismos, y la estrechísima responsabilidad á que estaba sujeto su desempeño, por lo cual no sabia nunca resolverse á admitirlos.”

“El mismo Balmes manifiesta en su *vindicacion* que hubiera tenido abundantes medios para medrar; pero (añade) no he dirigido

ninguna pretension al ministerio en provecho mio; no he subido jamas las escaleras del real palacio; no he adulado á nadie, ni insultado á nadie; he manifestado mi opinion sin reparar si agradaba ó si disgustaba á determinadas personas, por elevadas que fuese; he dicho la verdad á todos los partidos, agradable ó ingrata; no he aconsejado ni alabado nunca ninguna tropelia, siquiera fuese contra mis adversarios políticos mas decididos; y cuando el general Narvaez desterró á los Sros. Corradi y Perez Calvo, no dejé pasar ocasion durante mucho tiempo que no aprovechase para protestar contra semejante violencia. Mientras este general se hallaba en el apogeo de su poderio, le dije siempre la verdad, con decoro, pero con una firmeza en que nadie me escedió, y todo bajo mi firma. Con esta conducta franca y leal he conseguido influir en la opinion pública: sí, influir; ¿por qué no he de reconocer lo que es un hecho mas claro que la luz del dia? He llegado á influir en la opinion pública, y en esto, lo confieso, siento un vivo placer, porque nada conozco mas grato que ejercer influjo sobre los hombres por el ascendiente de la verdad; nada conozco mas grato que escribir una palabra y tener la seguridad profunda de que aquella palabra, dentro de pocas horas, volará á grandes distancias y vibrará en millares de espíritus, para producir una conviccion ó esecitar una simpatía, como una chispa eléctrica que, saliendo de un punto, conmueve la atmósfera hasta un remoto confín.”

Esta posicion desembarazada ofrecia á Balmes una independencia muy conforme á su carácter, á sus designios y á sus inclinaciones. Sin necesidad de pedir á nadie la vènia y el permiso, marchaba de Madrid para presentarse en Barcelona, ó en Vich, ó en otros puntos adonde sus proyectos literarios ó otros motivos le llamaban. A mediados de Mayo de 1845 emprendió un viaje del cual podremos dar escasos detalles. Solo sabemos que llegó á Paris, y que allí tuvo la honra de conocer al señor arzobispo Affre, á cuya mesa fué convidado cuatro ó cinco veces. “Trató tambien al célebre Chateaubriand, con quien (leemos en los apuntes de D. Joaquin Roca y Cornet) hablando un dia de las cosas de España y diciéndole Balmes que *estaba enferma*, respondió el famoso cantor de los Mártires: *No solo está enferma la España sino toda la Europa*. Fué tambien á Bélgica, en donde un jesuita le enseñó mala alcoba en que murió Jansenio. En este pais recibió uno de los mayores obsequios de su vida, puesto que el cardenal de Sterks, arzobispo de Malines, le convidó á comer, teniendo reunidos en la mesa á todos sus sufragáneos y á monseñor el nuncio apostólico.”

Esto mismo confirma el siguiente fragmento de una carta que

desde París escribió nuestro viajero al Sr. D. Luciano Casadevall con fecha de 16 de Agosto:

“El viaje á Bélgica fué corto, pero aprovechado. A mas de Bruselas, ví Gand, Amberes, la célebre Lovaina, Nivelles y Malines, donde en un solo día tuve el gusto de conocer á todos los obispos de Bélgica, junto con el nuncio de Su Santidad, y no sé cuántos vicarios generales y secretarios, pues todos se hallaban en la mesa del cardenal arzobispo de Malines precisamente el mismo día que me convidó á comer. Como allí es el centro de toda la Bélgica religiosa, y con una oportunidad semejante, conocí mas cosas y adquirí mas noticias en pocas horas, que de otro modo no hubiese hecho en muchos días, mayormente habiendo tenido otro día el gusto de comer con el rector y profesores del seminario de Malines, y visitar la universidad de Lovaina en compañía de uno de sus profesores mas distinguidos, Mr. Malon, eclesiástico hermano del actual ministro de hacienda. Está la religion mejor de lo que yo creia por las noticias de París. No falta lucha, pero hay ventajas.

Desde París y Bruselas escribí varias cartas á su íntimo amigo Ristol, las cuales no insertamos porque carecen absolutamente de interés literario é histórico. Regresó á España por Bayona, detúvose en la corte pocos días, marchó á Barcelona para preparar la impresion de la *Filosofía fundamental*, y á fines de Marzo de 1846 hallábase ya en Madrid.

La *Filosofía fundamental* tiene por objeto, segun su autor, “examinar las cuestiones filosóficas fundamentales.... Los tratados son tan abstrusos, que todos los esfuerzos del escritor no alcanzan á esclarecer, cuanto menos hermosear.” Esto dice Balmes; esto dice el gran filólogo cuyas producciones se distinguen por la claridad de su estilo, primer atributo de la locucion. Si los lectores recuerdan nuestra doctrina respecto á críticas y análisis literarias, verán que somos consecuentes al hablar de la *Filosofía fundamental* en el sentido que nos proponemos. “Esta publicacion admirable (Soler, *biografía* citada) no es otra cosa, segun decia Balmes, que la filosofia del Doctor Angélico, arreglada con presencia de las publicaciones conocidas sobre la materia en el siglo XIX.” Siendo esto exacto, no sabemos, no podemos analizarla: confesamos nuestra incompetencia, y rogamos á otros escritores mas entendidos que emprendan una tarea superior á nuestros limitados alcances. Si la *Filosofía fundamental* es la de Santo Tomás, no cabe un análisis cumplido de la primera sin compararla con la segunda; sin remontarse á su origen; sin estudiar el testo y los comentarios; sin explicar las doctrinas de Tertuliano, de San Agustin, de Des-

cartes, de Bonald y de otros ideólogos. Y aunque de tan árdua empresa fuéramos capaces, ¿corresponderia al objeto de este libro? Creemos que no.

¿Es la *Filosofía fundamental* el antiguo peripato acomodado al siglo XIX? En este caso deberiamos empezar el análisis por la ciencia aristotélica; razonar sobre el escolasticismo, su historia, sus vicisitudes; seguir toda la cronología de los profesores que florecieron en Atenas y despues en Roma cuando Augusto y Justiniano protegían el peripato; presentar los varios sistemas aristotélicos y anti-aristotélicos; examinar las obras de Averroes, Hassia, Gassendo, Malebranche Cartesiano, Roberto Flud, Goudin y otros: por manera que en vez de aclarar y explicar unas materias tan complicadas y metafísicas, las confundiríamos hasta el punto de convertirlas en incomprensibles. Cuando Balmes con su esclarecido talento y con su don particular de hacer perceptibles los arcanos de la ciencia, no logró (generalmente hablando) su objeto, vano empeño seria el nuestro si olvidando los precedentes y las reglas que oportunamente se han fijado, quisiéramos emitir un juicio crítico de la *Filosofía fundamental*, y ponerla al alcance de todos los lectores.

¿Es por ventura una refutacion de la llamada filosofia voiteriana, y de esas doctrinas disolventes y absurdas propaladas por Owen, Saint-Simon, Fourier, Cabet, Leroux, Proudhon, Luis Blanc y otros famosos soñadores, que están conmoviendo en nuestros días los fundamentos de la sociedad? ¿Deberemos hablar nosotros del sensualismo, del racionalismo, del idealismo, del panteísmo y de tantas escuelas visionarias que, solo por antífrasis pueden llamarse filosóficas? ¿Trataremos del socialismo y del comunismo, precisamente ahora que el célebre Thiers acaba de publicar la *Propiedad*? La *Filosofía fundamental* no se analiza, se estudia. El análisis lo hizo su mismo autor al fin de cada tomo. Mas ya que un eclesiástico muy distinguido (D. Manuel Martinez en la oracion fúnebre ya citada) reasumió elocuentemente toda la *Filosofía fundamental*, tributaremos un homenaje al orador y al protagonista transcribiendo los siguientes párrafos.

“En la guerra que hoy se hace al catolicismo, apenas se observa un sistema coordinado, ni con apariencias siquiera de científico. Conserva nuestro siglo una buena parte de esa triste herencia que le legaron los precedentes; y mas por rutina que por conviccion, se declama y se acusa vagamente al cristianismo de doctrina intolerante, opresora del entendimiento, enemiga de las luces, de la libertad, y funesta para el género humano. Se presenta al mismo tiempo una escuela que al parecer combate estas preocupaciones;

mas conviene estudiarla muy de cerca, porque sus gefes y sus maestros no son por cierto de aquellos varones por los que se ha de obrar la salud de Israel. La filosofía irreligiosa marchó con demasiada velocidad, adelantándose á su siglo, y en el último tercio del prócsimo pasado se desarrolló hasta en sus últimas consecuencias. Tales y tan espantosas fueron éstas, que avergonzada y horrorizada la filosofía de la obra de sus manos, quiso reconstruir el edificio de la ciencia; más se contentó con renegar de los resultados conservando los principios, y no asentó el nuevo edificio sobre las bases imperecederas de la fé y de la religion. De aquí la aparente diferencia entre la filosofía racionalista del siglo XIX y la del siglo XVIII.

“Como quiera que sea, vió Balmes que los diques se iban rompiendo, que el torrente iba á inundarnos, y entonces... me ha impulsado á publicarla (dice en su prólogo á la Filosofía fundamental) el deseo de contribuir á que los estudios filosóficos adquieran en España mayor amplitud que la que tienen en la actualidad, y de prevenir en cuanto alcancen mis débiles fuerzas un grave peligro que nos amenaza: el de introducirnos una filosofía plagada de errores trascendentales.

“Era demasiado penetrante y fuerte el espíritu de Balmes para pararse distraído en su camino, y para no remontarse en sus investigaciones hasta el principio y la causa de todo ser y de toda verdad. Había meditado demasiado, y había profundizado hasta las entrañas, por decirlo así, de los mas recónditos fenómenos del alma humana para no encontrar en el fondo de todos ellos la mano de Dios, que á los espíritus lo mismo que á los cuerpos ha impuesto leyes fijas y constantes. Remueve, examina bajo todos los aspectos posibles, y resuelve acertadamente la cuestion de la certeza, piedra de escándalo de la filosofía y manantial perenne de errores funestísimos. Sábio de bien sentido, no puede avenirse con la insensatez de los que para ser filósofos quieren dejar de ser hombres desoyendo la voz de la naturaleza: inculca con decidido empeño la mácsima contraria, mácsima que á mi ver no escapó á la grave penetracion de Tertuliano, cuando en su precioso libro *Testimonio del alma* dejó escrito: *Prior homo ipse quam philosophus*. Así en esta cuestion como en la de los criterios de la verdad; no puede detenerse hasta llegar á ese hecho primitivo, á ese sentido común, á ese instinto intelectual, ley impuesta al entendimiento humano por su mismo Criador; doctrina muy saludable para curar el orgullo del espíritu del hombre; para quien demuestra nuestro filósofo, lo mismo que ya lo habían hecho San Agustín y Santo To-

más, que el creer, aun en el orden natural, es una necesidad indeclinable, y que es poco, poquísimo lo que entiende y comprende el hombre con respecto á lo mucho, muchísimo que tiene que creer. Buscando un primer principio en la ciencia trascendental, recorre todo el orden de la creacion, y solo lo halla en el principio de la verdad, en Dios, piélago inmenso de luz, adonde su lógica irresistible le arroja tambien como á otro Agustino, cuando escudriñando la necesidad entrañada por las ideas, se eleva á la existencia de una razon universal. Y aquí encuentra nuestro filósofo una demostracion concluyente de la existencia de Dios; demostracion tanto mas ventajosa, cuanto que el hombre la verifica partiendo de los hechos mas íntimos de su conciencia intelectual.

“Después de haber combatido al escepticismo victoriosamente, y quizás como nadie, sale de su espíritu, entra en el mundo que le rodea, hace profundos estudios sobre los sentidos y las sensaciones, inutiliza el argumento favorable á los escépticos, fundado en la posibilidad de la existencia de órganos y sentidos desconocidos, avanza cual otro ó ninguno en el abstruso problema (problema quizá indisoluble) del humano conocimiento y de la comunicacion del alma con los objetos esterioris. Digno discípulo del grande ideólogo, del filósofo eminente Santo Tomás de Aquino, insiste en la importante y esencial distincion que hay entre el orden sensible y el orden intelectual; define y clasifica cuanto corresponde al orden de las ideas, ampliando la doctrina de su gran maestro, y despojándola de alguna inesactitud y superfluidad, que en la edad media revelaban grande ingenio; y sin ser funestas, eran una necesidad inevitable.

“La doctrina de las ideas innatas en un sentido riguroso, combatida justamente por Santo Tomás y repudiada por el mismo Descartes, encierra no obstante una alta filosofía, profesada por el mismo Angélico Doctor: en su fondo se encuentra la dignidad del entendimiento humano, su actividad y su elevacion sobre todo el orden sensible: por esto casi todos los grandes filósofos cristianos, desde San Agustín hasta Bonald; todos esos hombres en cuyos espíritus se habían levantado á manera de inspiraciones tantas ideas sublimes, han profesado lo que hay de grande en la doctrina de las ideas innatas; sus esplicaciones han sido varias y no siempre exactas: parece que estaba reservado á nuestro Balmes la gloria de marcar en la actividad laboriosa y fecunda del entendimiento sometida en su desarrollo á condiciones dadas, el punto á que todos aquellos grandes ingenios marchaban por distintas veredas; y el tambien con todos ellos vió fulgurar en nuestra mente los resplan-

dores de aquella brillantísima luz encendida en el alma del hombre por su Dios y Criador."

Esta obra, que "por la estupenda variedad de noticias y por la riqueza de tesoros mentales parece una reunión de libertas, un manantial de ciencia, pues no hay facultad alguna forastera á la vasta comprensión del autor," colocó á Balmes, si no mas alto, al nivel de los primeros filósofos de Europa. Sus deseos de "ejercer influjo sobre los hombres por el ascendiente de la verdad," llenáronse cumplidamente. Las singulares muestras de respeto y de admiración que por do quiera le tributaban, éranle gratas y lisonjeras, pero no desvanecían el temor y la desconfianza del sábio "que habiendo escrito tanto para el público, lejos de familiarizarse con él (dice el Sr. Lapaza) le tenia cada vez mayor respeto. Los compromisos pendientes en calidad de autor, le oprimian hasta hacersele insoportables. Así fué que andaba visiblemente gozoso cuando dió á la prensa el último tomo de su *Filosofía elemental*; y si le sobrecogió la muerte sin fundar una *Revista* que proyectaba, fué principalmente por la repugnancia que tenia á quedar ligado con el público."

Poco tiempo se detuvo en Madrid. El día 1.º de Julio salió con dirección á Barcelona, permaneció allí seis días y marchó á Vich, donde escribió la *vindicación* para rechazar el ataque de un corresponsal del *Español*, "que salió con la peregrina invención (son palabras del mismo Balmes) de que por mis manejos electorales habia sufrido una paliza en un pueblo de la montaña de Cataluña. Al leer esto, acompañado de tanta grosería y calumnia, y que tanta indignación ha causado á los hombres que estiman en algo la verdad y el decoro, yo, que era el ofendido, no podia indignarme; solo sentia una impresión desagradable, semejante á la que se experimenta al presentarse á los ojos objetos que repugnan. Si mi posición, si el honor de la causa que defiendo, si el deseo de complacer á innumerables amigos no me impulsase á contestar, no lo haria; volveria la cabeza con desdén, y seguiria mi camino. El público sabe muy bien que jamas ha llamado la atención sobre mi persona. No se hallan en los prólogos de mis obras aquellos preámbulos en que algunos hacen saber directa ó indirectamente la edad que tienen, su posición personal, los desvelos que les ha costado su trabajo, y otras cosas semejantes: los cuatro tomos del *Protestantismo* llevan dos escasas páginas de prefacio sobre el objeto de la obra; el *Criterio* salió sin una línea; los cuatro tomos de *Filosofía fundamental* no tienen mas que una página corta de prólogo, tambien sobre el objeto de la obra; y el tomo de las *Cartas á un escóp-*

tico, va precedido de una simple advertencia de editor, mas bien que de autor. Así hubiera continuado, y jamas hubiera ocupado al público hablándole de mi humilde persona, si no supiese que el hombre colocado en cierta posición está obligado á defender su honra, siquiera le sea necesario decir en su abono cosas que sin este motivo no hubiera dicho nunca."

Durante su permanencia en Vich, se dedicó á coordinar las notas (*) y preparar los materiales para escribir la *Filosofía elemental*. Las pocas veces que salia á paseo, en compañía generalmente del Sr. canónigo Soler ó de D. Pedro Alier, suscitábanse conversaciones curiosas y siempre doctrinales. Contemplando una tarde los encumbradísimos picos del Monseny y del Tagamanent, dijo al Sr. Soler: "¡Qué magnífico espectáculo se descubre desde aquellas alturas incommensurables! ¡Cuán grandioso es el admirar desde allí la omnipotencia de Dios y pensar en la eternidad! Si V. quisiera pasar unos dias conmigo cuando nuestras ocupaciones lo permitian, nos iriamos á la cumbre de esas montañas, para dedicarnos á los santos ejercicios espirituales y á las abstracciones metafísicas. Lejos del bullicio del mundo, concentrariamos nuestros pensamientos en el Supremo Hacedor, y repartiriamos el tiempo, ora dando á nuestras almas el pasto espiritual que siempre necesitan, ora meditando sobre los puntos mas importantes de las ciencias filosóficas." El Sr. Soler aplaudió el pensamiento de Balmes, aplazando su realización para cuando las circunstancias personales de ambos lo permitiesen.

Decíale otra vez el venerable Magistral: "Doctor Jaime, confieso que estoy afligido y consternado al ver las nuevas doctrinas llamadas socialistas, racionalistas, &c., que algunos autores estrangeros difunden. Estos parecen mas bien locos que filósofos. La sociedad estriba en principios fundamentales, que si se derriban, cae el edificio y el mundo va á quedar inhabitado. Escarnecida la religion, sancionado el absurdo de que la propiedad es un robo (18), rotos los diques al torrente de las pasiones y menospreciada la autoridad, si estas doctrinas disolventes se propagan, ¿puedo existir la sociedad?"

(*) El sistema de tomar notas fué llevado por el Dr. Balmes hasta tal punto, que lo hacia aun rezando con los trozos que el Breviario contiene de los escritos de los Santos Padres. Decia muy frecuentemente, que un hombre sabe á proporcion de lo que ha escrito y notado durante sus estudios y meditación.—Entraba tambien en sus proyectos, segun alguna vez me habia insinuado, la publicación de una obra de teología capaz de servir de texto en las universidades, que contrariase todas las cuestiones promovidas hasta nuestros dias, y de modo que satisficiera todas las necesidades de la época. Tampoco habria sido extraño que, á haber tenido larga vida, hubiese publicado una *historia* de la Iglesia, mirando los hechos sagrados y los acontecimientos públicos, enlazados con ellos de un nuevo y curioso modo. (Soler, *biografía de Balmes*.)

¿Se aproximará acaso el fin del mundo?—Me parece que todavía no, Sr. canónigo; pero que caminamos á una disolución social ó á un estado que la prevision humana no puede presagiar, es indudable; y si Dios no ilumina á los hombres y esas escuelas insensatas se generalizan, retrocederemos á los siglos de vandalismo y de barbarie. La Francia será la primera víctima de esas doctrinas. Así me lo hacen creer las observaciones que he hecho durante mis viajes." Cumplióse muy pronto el vaticinio de Balmes: la monarquía de 1830 cedió su puesto á la república de 1848.

El día 20 de Octubre salió nuestro escritor de Vich para encaminarse á Barcelona, en donde le rogaron sus amigos que se dejara retratar. "No tengo tiempo ni humor; otro año será, si Dios quiere," contestó. Pero un pintor logró sacar el retrato de memoria, y lo perfeccionó colocándose cerca del altar en que Balmes celebraba el santo sacrificio de la Misa. Cuando tuvo noticia de esta ocurrencia, dijo sonriéndose: "En gracia del ardid, perdono al pintor que me haya retratado contra mi voluntad." El día 1.º de Noviembre salía de Barcelona con dirección á Madrid.

Ya se ha visto que el enlace de S. M. con su augusto primo, impresionó á Balmes extraordinariamente. Renováronse estas impresiones en Madrid, donde al contemplar la realidad de aquella situación y al oír las noticias que muchos hombres políticos se apresuraban á comunicarle, llenóse su espíritu de nueva conturbación, y no pudo emprender, hasta después de muchos días, el curso de sus tareas. Arreglados ya los cartapacios, como él decía, compuso en 28 días el tomo 1.º de la *Filosofía elemental*. Comprende este volumen la lógica, "procurando reducir á reglas breves y sencillas todo lo que se requiere para pensar bien." Se divide en libros, capítulos y secciones. El libro 1.º habla de las facultades del alma ansiliares de la lógica; el 2.º del entendimiento y sus actos; el 3.º de los criterios, y de las varias cuestiones que pueden ofrecerse á nuestro entendimiento; recapitulando toda la doctrina del arte de pensar en estos términos: "profundo amor de la verdad; acertada elección de carrera; afición al trabajo; atención firme, sostenida y acomodada á los objetos y circunstancias; atinado ejercicio de las diversas facultades del alma, según la materia que nos ocupa; prudencia en el fin y en los medios; conocimiento de las propias fuerzas, sin presunción ni pusilanimidad, dominio de sí mismo, sujetando las pasiones á la voluntad, y la voluntad á la razón y á la moral; he aquí los medios para pensar bien, así en lo especulativo como en lo práctico; he aquí resumidas las reglas de la lógica."

Trata el tomo 2.º de la estética, ideología pura, gramática ge-

neral, psicología y teodicea, empleando el método analítico ó el sintético, según cree mas conforme para cada materia. Explica el tomo 3.º los principios fundamentales de la filosofía moral, y en el 4.º traza un cuadro magnífico de la historia de la filosofía desde las edades mas remotas hasta nuestros días.

Al mismo tiempo que la *Filosofía elemental*, publicaba Balmes una colección de sus *escritos políticos*, en la cual se comprenden las *Consideraciones* (19) y los artículos de la *Civilización*, la *Sociedad* y el *Pensamiento*. "Este apelaba al porvenir: ese porvenir ya llega; ahí está." *Ahí está*, decía Balmes en 1847: *Ahí está*, repetimos nosotros en 1848.

Al concluir la *Filosofía elemental* se sintió fatigadísimo; y habiendo coincidido esta circunstancia con la necesidad que también tuvo por entonces su amigo el célebre publicista D. Pedro de la Hoz de ir á la provincia de Santander, de donde es natural, para restablecer su deteriorada salud, los dos escritores marcharon juntos á aquel país con ánimo de no separarse durante la temporada de verano. Ha sido para nosotros una fortuna tal suceso, porque habiendo tenido que escribir al Sr. La Hoz para saber lo que hizo en este periodo nuestro personaje, encontramos al hombre que, ora por la afinidad de principios, de ocupaciones y de situación social, ora por su recto juicio y gran conocimiento del corazón humano, ora por las excelentes ocasiones que para estudiar el carácter de cualquiera ofrece la vida íntima de un largo viaje, pudo haber juzgado los sentimientos y mérito de Balmes. Véase á continuación la carta con que el ilustrado director de la *Esperanza* nos ha favorecido, respondiendo á la que nosotros le escribimos. Conviene aquí recordar por razones de analogía la nota página 63.

"Sr. D. Buenaventura de Córdoba.—Mi muy estimado dueño y amigo: lo que V. me dice en su apreciable carta del 13 en orden á mi talento para conocer á los hombres, no es tan cierto ni con mucho, como lo que presume sobre las particulares ocasiones que mi viaje del verano penúltimo y otras circunstancias me han ofrecido para estudiar el carácter del Dr. D. Jaime Balmes. Se trata, sin embargo, de una obra en cuya perfecta ejecución está interesada, juntamente con el lustre de nuestra común patria, la memoria de un hombre con quien en pocos años de trato llegué á estar íntimamente unido; y creeria faltar á los deberes de patrio y á los de amigo á un tiempo mismo, si por mera desconfianza de mi capacidad dejara de concurrir á la empresa con el pequeño contingente que V. de mi amistad escoge. Contaré, pues, de nuestro viaje á mi país, las ocurrencias cuya memoria conserve; V. escogerá entre ellas las que juzgue conducentes á su noble propósito.

“Salimos de Madrid á las nueve y media de la noche del 16 de Julio en la diligencia de las Peninsulares que iba á Santander por Valladolid. Dos estudiantes en camino para sus vacaciones, no van mas animados y alegres que íbamos nosotros; y como el estar juntos en la berlina nos dioa facilidad de entendernos, casi toda aquella noche se nos pasó hablando. El contraste que entonces sentíamos entre el bullicio de la capital que acabábamos de dejar, y el silencio de los campos que íbamos atravesando, entre el grandor de las creaciones de Dios y la pequeñez de las obras del hombre, fué lo que principalmente suministró materia á la conversacion. “Cuánto mas despejada, me decia el gran filósofo estando apeados durante el primer relevo, se nos presenta aquí la idea de nuestro ser y de nuestro eterno destino! Yo comprendo al incrédulo en la ciudad; en el campo, no.”

“Entre nueve y diez de la noche siguiente llegamos al nuevo parador de Valladolid. Los dos teníamos vivo deseo de recorrer la ciudad, él por ver siquiera la estructura general de aquella antigua corte y universidad célebre; yo por saludar los lugares en que, con el título de ensante del derecho, habia pasado los años mas alegres de mi vida; y como por desgracia teníamos que dejarla al cabo de seis horas, fué nos preciso, despues de asearnos y tomar chocolate, empezar á las once y media nuestra correría.

“Proporcionóme ésta una de las ocasiones mas favorables para conocer, al mismo tiempo que la amabilidad de D. Jaime y las sensaciones que acordaban su corazón con el mio, toda la penetracion de que estaba dotado. El, que nunca habia vivido en la ciudad, no podia al recorrerla experimentar las mismas emociones que yo, y sin embargo, todas me las iba adivinando y ayudando á explicar, á proporcion que yo le indicaba lo que en cada parage habia, ya de memorable para mí, ya de notable para todos los demas.

“Lo que particularmente fijó su atencion, fué el colegio mayor de Santa Cruz, plantel en otro tiempo, como los demas de su clase, de los primeros magistrados y dignidades eclesiásticas del reino. Cuando enfrente de aquel suntuoso monumento, debido al patriotismo del cardenal Mendoza, acababa yo de decirle el aire aristocrático con que habia sido restanrada la institucion en 1816, época en que entró en Santa Cruz mi hermano José María, noté que se quedó silencioso, como acostumbraba á hacerlo cuando le parecia mal enalquiera cosa; y preguntándole yo entonces si desaprobaba tal lujo, me respondió que en efecto veia en él inconvenientes, pero que tambien vislumbraba un pensamiento filosófico de que carecen las frívolas dispaciones del dia; el pensamiento de dar á los altos

funcionarios y dignidades del Estado hábitos de decoro. “¿Y quién sabe, añadió, si vendrá tiempo en que se crea indispensable acudir á medios análogos para restituir á la magistratura la estabilidad, la independencia y la delicadeza que le son necesarias?”

“Era bastante mas de la una de la noche cuando volvíamos á la posada; habiéndonos figurado ver algun sereno que extrañando la hora, y acaso el traje de camino en que andábamos por las calles, tuvo tentaciones de echarnos mano.

“Al romper el dia 18 íbamos ya por el camino de Palencia, adonde llegamos entre ocho y nueve de la mañana. Hasta entonces habíamos podido gozar de la libertad de un completo incógnito; pero allí, en el acto de bajar de la diligencia, nos vimos rodeados de varias personas que, advertidas por nuestros comunes amigos de Madrid, estaban esperándonos con los mas vivos deseos de agasajarnos. Primeramente nos condujeron á la iglesia mas inmediata, donde, merced á las disposiciones que tenían tomadas, pudimos cumplir con el precepto dominical sin esperar ni medio minuto siquiera al celebrante: luego nos llevaron á visitar la catedral, que así á él, que nunca la habia visto, como á mí, que la vieja 33 años hacia, nos gustó mucho: en seguida fuimos al palacio episcopal, donde el Sr. Laborda, junto con su vicario general el Sr. Barrio, hoy dignísimo obispo de Murcia, nos recibieron del modo mas li-sonjero y afectuoso; volviendo por fin á la posada, haciéndonos cargo de cuanto notable pudimos ver en la ciudad, no sin haberse engrosado nuestro acompañamiento con otras personas que acudieron á saludarnos. “Cuántas cosas nos refirieron sobre la legalidad y libertad allí observadas en las elecciones de 1844, cuando mis amigos tuvieron el candor de intentar sacarme á mi diputado á córtes! “Con esto, y con lo que le pasó á V. en Burgos por el mismo tiempo, me decia mi compañero al oírlos, no extraño que V. haya repugnado tanto el que los monárquicos entrasen con su bandera sola en las lides electorales.”

“Trascurridas en esto las dos horas que en Palencia se daban á los viajeros para descanso y almuerzo-comida, lo habrían pasado mal aquel dia nuestros estómagos si los amigos no hubieran tenido la esquisita atencion de poner en el cupé de la diligencia lo que nos bastó hasta para regalarnos. En Aguilar de Campó, adonde llegamos al anochecer, tambien nos vimos circundados de personas que, noticiosas sin saber nosotros cómo, de nuestro piésimo tránsito, habian salido á hacernos finisimos ofrecimientos. Otro tanto nos pasó en Reinoso, donde nos detuvimos, pasadas las doce de la noche, para cenar, y lo mismo nos aconectó en Torrelavega,

pueblo notable, por el cual pasamos á las ocho de la mañana del 19, y cuyas hermosísimas cercanías hicieron olvidar á mi compañero los pintorescos lugares que desde Bárcena de Pieconcha, donde nos habia amanecido, veníamos atravesando.

“Al entrar á las once en la oficina de las diligencias en Santander, ya nos esperaba allí con otros varios amigos mi hermano José María, propietario y abogado establecido en aquella ciudad, que por supuesto nos llevó á su casa. Nuestra primera intencion fué descansar unos tres días; pero lleno yo de relaciones en el país, y objeto D. Jaime de curiosidad y homenajes en todas partes, nos encontramos tan agobiados de visitas, que sin esperar siquiera que llegaran á la otra parte de la ría los caballos de silla que teníamos pedidos á mi casa, nos embarcamos al día siguiente para el puente de Heras. El pensamiento era dormir aquella noche en Anaz, mi pueblo materno, entre el cual y el de Penagos, que es el paterno, queríamos escoger residencia para cuando volviéramos de los baños de Ontaneda, adonde pensábamos ir desde luego.

“Por mas que á D. Jaime Balmes, cuando no estaba entregado á tareas intelectuales, le conviniera mucho mayor movimiento que á otros para tener ocupada la actividad de su espíritu, fué esta resolución una especie de calaverada de que casi llegamos á arrepentirnos. Hasta mi casa materna nos faltaba mas de lo que al uno y al otro nos convenia andar; y habiéndonos encontrado con que los particulares de Heras, con cuya amabilidad yo contaba, no tenían en casa sus caballos en el momento de nuestra llegada, fué preciso emprender la marcha á pié, sin mas auxilio que el de un antiguo criado de mis abuelos allí vecindado, que con el mayor gusto se prestó á llevarnos nuestra común maleta.

“Voy á contar á V. un pequeño chasco que á poco rato di á mi compañero. Ibamos caminando por entre la escarpada montaña de Cabarga y la que llaman Castillo de Solares, cuando hacía uno de los senos mas deliciosos de aquella frondosa cañada, oímos la voz de un hombre, que segun lo que desde luego nos advirtió nuestro bagajero, era el señor cura del lugar D. José de Rubalcaba, ocupado por supuesto en una de las picardías que continuamente están cometiendo los de su clase; en enseñar la gramática á un muchacho de su parroquia. Acercámonos entonces á la cátedra *al aire libre*. El benéfico préceptor, aunque sorprendido de la visita y saludado de bastante lejos, no tardó en reconocermé á mí, y dando suelta á su alumno, fué á ponerse la levita y el sombrero, que por gozar mejor el fresco se habia quitado, con ánimo de ir acompañándonos un rato. “Este señor, dije yo á mi compañero interin

el párroco llegaba, es un jóven de lo mas instruido del país. Lee las obras de V.; pero en cuerda tan tirante se halla, así en las materias políticas como en las canónicas, que me consta tiene apuntadas en su libro verde muchas de las proposiciones de V. Voy á hablarle del autor suponiéndole en Madrid, y V. verá que no es enteramente santo de su devocion.”

“No haga V. eso, me respondió entonces D. Jaime: yo no me habia de enojar por la crítica; pero él podria sentir haberla hecho despues que supiese estaba delante el criticado.”

“Lo que yo sabia era que el párroco respetaba los principios del Dr. Balmes tanto como admiraba su talento. Así fué, que luego que hubimos trabado conversacion y empezado á caminar los tres juntos, no tuve reparo en preguntarle si continuaba leyendo las obras de mi amigo, y que le parecia de ellas. “Las leo, me respondió él, siempre que puedo, y le aseguro á V. que cada día me gustan mas. ¡Es mucho saber el de ese hombre! Su pluma me parece la de un ángel que Dios....” Al llegar aquí ya D. Jaime, cuyo rostro vi al soslayo se habia encendido de repente, no pudo aguantar mas, y dirigiéndose á nuestro benévolo acompañante, me prosiguió, V. le dijo: hay en todo eso mucho de preocupacion, y este D. Pedro se está riendo de nosotros, ocultándole á V. que el hombre de quien se habla está presente.” Cuál fuera la sorpresa del señor cura al oír estas últimas palabras, es cosa que tendrá V. que calcular; yo, en el flujo de risa que esperimeté al ver lo bien que me habia salido la chanza; solo adverti hubo que repetírselas para que creyera lo que ellas le declaraban.

“Un cuarto de hora despues de esta escena, ya el Sr. cura de Heras volvia hácia su morada. Nosotros, continuando nuestro camino, llegamos bastante despues de anochecer á Anaz, sorprendiéndola así al párroco del lugar, D. Andrés Gomez, que habitaba mi casa materna, hoy perteneciente á mi tío D. Marcelino de la Torre, y que por administrar allí los bienes de éste, era á un tiempo espiritual director y amparo temporal de la mayor parte de sus feligreses. Cuanto en tan deliciosa como pequeña aldea, que no tendrá arriba de 150 almas, vimos, convenció á mi compañero de que no nos era dado encontrar residencia mas grata para la temporada; pero como estábamos ya resueltos á verlo todo, y yo queria abrazar á los demas hermanos míos, nos fuimos ya al día siguiente á dormir en Penagos, distante de allí una legua.

“Nunca olvidaré, amigo Córdoba, el sábio artificio de que en esta corta travesía se valió nuestro hombre para atenuar la emocion que su previsora mente supuso me causaria á mí la casa materna;

casa donde aun no habia yo estado despues que saliera de ella para siempre mi santa y querida madre. Preguntóme repetidas veces cuánto nos restaba de camino; y cuando por mis respuestas y la configuracion del terreno calculó que tardariamos poco en descubrir el edificio, se puso á hablarme de la pena que en aquellos momentos debia yo de experimentar: de manera que desahogado poco á poco mi pecho con la misma conversacion, me libré del trastorno que en análogos circunstancias sufriera 26 años antes, con motivo del fallecimiento de mi amado padre.

“Tres dias despues estábamos en los baños de Ontaneda, y en los doce que allí permanecimos nuestra vida fué la siguiente. Nos levantábamos á las cuatro y media, poco mas ó menos, y en seguida íbamos á la capilla del establecimiento, donde mi compañero decia su misa ayudándosela yo, y siendo casi siempre, y en dias de obra sobre todo, su único oyente. Bebiamos luego agua de la fuente medicinal, dábamos un buen paseo, y á la vuelta nos desayunábamos. En leer los periódicos y discutir sobre ellos del modo que V. puede calcular, invertiamos las dos horas siguientes: las otras dos estaban destinadas por D. Jaime á su rezo y á la lectura de alguna obra piadosa, y por mí á escribir, bien algun artículo para la *Esperanza*, bien cartas particulares: hácia el medio dia tomábamos nuestro baño, comiamos á la una, echábamos luego una corta siesta, leiamos despues en común alguna otra cosa, dábamos en seguida un nuevo paseo, y volviendo de éste al anochecer, recibiamos las visitas de los amigos que habia en el establecimiento, interin daban las diez, hora en que tomábamos chocolate, para acostarnos á las once. Solo el dia de nuestra llegada comimos en mesa redonda.

“Desde Ontaneda pasamos al colegio de Padres Escolapios de Villacarriedo, distante de allí tres leguas, donde yo habia hecho mis primeros estudios. No es fácil espresar bien la cordialidad con que nos trataron los dignos sucesores de mis maestros durante los cinco dias que estuvimos en su compañía: básteme decir que correspondió, así al entrañable amor con que yo le mirado siempre á la benéfica grey de Calasanz, como á lo que merecia el elocuente apologista de los institutos religiosos en general, y de los consagrados á la enseñanza en particular, á quien oí alguna vez allí cuando nos quedábamos solos estas palabras: “Se necesita virtud para encerrarse en esta aldea retirada, y sin esperanza de recompensa temporal, estar perpetuamente batallando contra los resabios de tantos hijos, de tan diferentes madres como aquí vienen! Solo el catolicismo hace estos prodigios.”

“No es todo oro lo que reluce, dije yo un dia en tono misterioso á mi compañero, hablando de este particular. Pues ¿qué hay? me preguntó él. Que en esta comunidad existe un individuo que debe de estar secuestrado ó cosa que lo valga, contesté yo. Mi chanza aludia á un Padre escolapio, cuya misa me tocó oír una vez, y que en los cuatro dias que allí llevábamos de residencia aun no habia ido á hablarnos, ni solo ni con sus hermanos. Resolvimos entonces preguntar lo que á cualquier discípulo de Eugenio Sue hubiera desde luego parecido un horrible misterio, y supimos qué? que el anciano Padre Cendegui no se habia atrevido á vernos; siendo lo mas notable en su angelical humildad, segun lo que hablándole despues advertimos, que estaba unida á un saber digno de ser envidiado por muchos de los prohombres que hoy figuran en nuestro teatro político ó literario.

“Por benévolas y dignas de estima que para nosotros fueran las personas que, así en Carriedo como en Santander, como en Ontaneda y como en Venagos de continuo nos acompañaban, siempre nos impedian gozar del placer principal que íbamos buscando; el de hallarnos por algun tiempo enteramente solos. Así fué que desde Villacarriedo ya nos volvimos directamente á Anaz, pueblo donde, fuera del señor cura, que tampoco tenia mucho tiempo de sobra para mera conversacion, nadie vivia que pudiese privarnos de la apetecida libertad.

“Años hácia que ni mi amigo ni yo habiamos tenido una temporada tan apacible y grata como la que allí pasamos. Con el aislamiento del pueblo, y con la voz que hicimos correr de que teniamos ocupadas las mañanas, en todas ellas, excepto en las de dos dias en que fueron á comer con nosotros unos amigos establecidos en pueblos demasidamente lejanos, pudimos seguir sin perturbacion alguna nuestro plan de vida; plan que nunca disfrutó mucho del seguido en Ontaneda. Por las tardes era cuando nuestros conocidos de los pueblos circunvecinos iban á vernos; y como á la hora en que llegaban ya nosotros estábamos en disposicion de dar nuestro último paseo, sucedia ordinariamente que sin detenernos mas que lo preciso para que ellos descansaran ó refrescasen, saliamos acompañándolos en su regreso: de modo que en el acto de recibir un obsequio haciamos otro.

“Ciñar á V. ahora las sentencias profundas, los dichos agudos, las comparaciones luminosas que durante nuestras solitarias conversaciones se sorprendieron de aquella rica inteligencia que, semejante á una finisima piedra de lumbre, por cualquiera parte que fuese herida arrojaba destellos vivísimos, sería empunder una obra

que sobre demasia lo estensa para entrar en esta carta, no retrataria al Dr. Balmes sino por su lado mas conocido. Me limitaré, pues, á decir, que correspondieron á lo que podia esperarse de tan extraordinario genio; pero en cambio añadiré que aquel hombre, que desde su presentacion en el teatro del mundo parecia revestido de la gravedad de un Santo Padre; aquel que en el trato general economizaba sus palabras hasta el punto de desmerecer por ello á los ojos de algunos, se prestaba en el trato intimo á la chanza como si fuera el muchacho mas divertido.

“Contaré á V. en comprobacion de esto un caso que fué para ambos, durante nuestras correrías en el pais, el mas frecuente motivo de broma y carcajadas. En el distrito en que se hallan comprendidos Ontaneda, Villacarriedo, Penagos y Anaz, ocurrieron no ha mucho dos grandes novedades: en 1834 una riada espantosa, que arrebatando ganados, gentes, árboles, casas, peñascos y ribazos, dejó grandemente alterada en muchos puntos la superficie del pais; y en 1846 la famosa lucha electoral de Selaya, lucha que si bien terminó abandonando mi hermano José María el campo despues de haber obligado á las autoridades enemigas de su candidatura á servirse de violencias que condenaron unánimemente las mismas córtes, dejó tambien profundamente trastornadas las relaciones naturales de las familias y aun de los partidos políticos en todo el distrito electoral. No llegábamos á un pueblo, no recibíamos ni pagábamos una visita en que no se nos hablara de alguno de los dos acontecimientos; y como la materia se nos iba ya haciendo pesada, celebramos entre nosotros una especie de convenio, en virtud del que, cuando salia la conversacion de la riada, quedaba él libre para callar ó alejarse, solo ó acompañado; y cuando se tocaba la de las elecciones, materia en que le decia yo que él debia purgar la culpa de haber escitado á los monárquicos á intervenir en ellas, entonces el derecho de evasion me tocaba á mí. Fué mucho lo que esto nos dió que reir, sobre todo por los ardidés de que uno y otro nos valiamos para echarnos recíprocamente la carga.

“Tambien suministraba á mi compañero materia de diversion cierta muletilla que me hizo advertir empleaba yo en la conversacion familiar. Solos ó acompañados, se ponía á veces á atisbar mis palabras, y en cada ocasion que yo repetia el estribillo, él, colocandose disimuladamente, ya los brazos y los dedos, ya el baston en ademán de hacer fuego, me daba á entender que habia hecho caza. Por cierto que con estas burlas corrigió mucho mi mala costumbre.

“Otras veces no era él, sino yo, el agresor. Cuando por ejemplo

se hallaba con nosotros alguna persona de las que se conoce no reparan en los modos de elogiar á uno cara á cara, promovia yo la conversacion, bien del *Protestantismo*, bien de la *Religion demostrada*, ó de enalquiera otra de las obras célebres de mi amigo. D. Jaime recibia entonces á quemaropa una descarga que le abrasaba, y yo, juzgándole interiormente ocupado en reprimir los naturales movimientos del amor propio, solia dirigirle en voz baja estas palabras: *hoy racion doble*; lo que en nuestro dialecto queria decir lectura doble del Kempis, que yo habia observado era su ordinario recurso en tales tentaciones.

“La repugnancia con que á lo último miraba D. Jaime las largas correrías de á pié ó de á caballo, para las cuales al principio me desafiaba á mí, dió asimismo ocasion frecuente á mis chacotas. “Férreos ascendientes, esclamé yo alguna vez con gran risa suya al verle cansado, férreos ascendientes de los Estartús, de los Arbonés y de los Anton de la Padua, ¿es de vuestra raza este catalán, ó pertenece á la que se ha enflaquecido entre los talleres y las óperas de Barcelona?”

“La hermosura de mi pais, muy notable durante el verano, sorprendió mucho á D. Jaime, pareciéndole superior á la parte que él conocia de las Provincias Vascongadas; pero lo que allí mas le chocó, fué el espíritu religioso y monárquico de la casi totalidad de los moradores; espíritu que, contra lo que tenia sin saber cómo entendido, encontró comparable con el del interior del principado.

“Por fin, amigo Córdoba, fué preciso que nos trasladáramos á Santander, él para marchar á Paris acompañado de mi hermano José María, con quien tenia ya concertado este viage, y yo para volverme á Madrid, donde habia prometido hallarme á principios de Setiembre. Hicimoslo, pues, así, en los últimos dias de Agosto, yendo á esperar en casa de los Sres. Mirandas de Rubayo el momento de hallarse la ría en calma; y á las pocas horas de nuestra llegada nos separamos el uno del otro, marchando cada cual á su respectivo destino.

“De la vida que hizo despues en Paris nuestro amigo D. Jaime, no sé muchas particularidades; pero puedo asegurar á V. que, salvos los asuntos de que me hablaba en la adjunta carta (*), que en-

(*) Sr. D. Pedro de la Hoz.—Paris, 20 de Setiembre de 1847.—Mí muy estimado amigo: Todavía no puedo decirle á V. nada sobre el encargo de las obras que V. desea en esta Babilonia ya sabe V. que no es cosa de un dia el recorrer los libreros, si se quiere uno enterar bien. De politica mas sabré V. que yo muy revuelto andan VV., y la Esperanza está picarresca; debo V. posar á Maguiavelo desde su portada hasta el indice. Los padres Benedictinos, fijos en su idea de traducir la *Filosofia fundamental*, me están instando para que vaya á pasar unos dias á su monasterio de Solmes; pero como dista de